

Universidad Nacional Autónoma de México

Escuela Nacional Preparatoria

Plantel 7 "Ezequiel A. Chávez"

Historia de las doctrinas filosóficas

Antología de la Unidad II: Filosofía Clásica Griega

Profesor Jesús Zúñiga García

Mapa de la Grecia Antigua



Presentación de Grecia

El orbe histórico al que pertenecemos es producto del genio filosófico y artístico de Grecia, completado por el genio religioso de la gente hebrea y el genio político y jurídico de la gente romana. En el origen de nuestra civilización está Grecia, y nuestra civilización ha venido extendiéndose paulatinamente por la tierra, y tiende a cubrir con su manto los vestigios de otras civilizaciones arruinadas. Si, en el peor supuesto, admitiéramos que la civilización hoy por hoy se encamina a un cambio de frente, o siquiera aún considerables desvío -y ya es mucho conceder el actual estado de comunicación y continuidad entre los pueblos-, todavía hay que reconocer que las coordenadas de esta curva están en Grecia, y que la torsión sólo es explicable cuando a Grecia se la refiere.

Grecia está en el origen de nuestra vida, nuestro pensamiento, nuestra arquitectura lingüística, nuestros hábitos. Grecia es embrión, pero un embrión que presenta dos singularidades casi increíbles. En primer lugar, por cuándo su valor propio, los embriones suelen ser cosa titubeante, indecisa, para cuya justa estimación hace falta, al menos, tanta tolerancia como respeto. Aún no sabemos si pararán en dechado o monstruos. Y sucede que Grecia, en el orden filosófico y artístico, sigue siendo un término ejemplar. Todavía tenemos mucho que aprender en sus modelos no superados. En segundo lugar, por cuánto su sentido, los embriones suelen ser poco o nada orientadores. No sabemos para dónde van a crecer ni adónde nos pueden llevar. Y sucede que Grecia ya una rosa de los vientos, una estrella náutica, un centro de rumbos definidos. Basta con prolongar sus líneas, conseguir los caminos que ella dejó trazados, para cubrir la telaraña del mundo.

Aún la calidad y la necesidad de un Dios justo -en que insistirá Israel- tiene ya su sitio preparado en la mente griega. Y cuando, en la cuna materna del Egeo caigan las urgencias emocionales de Oriente sobre los esquemas dibujados por Grecia, seguirá definiendo la figura del cristianismo en San Pablo; en San Agustín, y todavía más tarde, en Santo Tomás, todos discípulos de Grecia. A Roma les tocó solamente prestar la fuerza de propagación y dar a la criatura el bautismo de viabilidad.

Pues la religión de Grecia dista mucho de ser mera mitología, cuentos fabulosos, historias alegres y revolcaderos de dioses. La religión de Grecia tiene dos pisos. El piso superior, el más conocido y difundido por su mismo encanto literario y su comodidad simbólica -la antropoteología olímpica en suma-, viene a ser algo como un ritual cívico muy comparable nuestras fiestas y celebraciones nacionales. Detrás de las vistosas imágenes -a veces, verdadero intermediarios y santos patronos- se reconoce algo universal, fatal y eterno; se implora a una fuerza superior que el espíritu humano acaba por aislar en la noción de un Dios único, omnipotente e intachable.

Por eso los filósofos griegos solo usan del mito como alegoría expresiva -y a veces lo inventan para explicarse, como lo hizo Platón, el mayor genio religioso de Grecia-; pero quedan en libertad de reírse, cuando les place, del antropomorfismo entendido al pie de la letra. Pues en Grecia no hubo dogma, ni credo articulado, ni catecismo, ni iglesia como hoy le entendemos, ni verdadero sacerdocio a la moderna. Cada padre de familia era un sacerdote, contaba con su ara doméstica; y a lo largo de los años, los meses, los días, oficiaba en una serie nutridísima de celebraciones sagradas, que ningún moderno resistirías, ni los que más y mejor cumplen con los mandamientos de su profesión religiosa.

Tal es el piso superior en la religión griega. El piso inferior, prendido aún a la magia agrícola, a las fiestas y orgías de las estaciones, conserva y prolonga el verdadero fondo étnico de las creencias, alcanza temperatura mística en el orfismo y los llamados misterios. Pero un día el mundo griego pierde la brújula ante la ruina de los antiguos Estados-Ciudades y a causa la conquista extranjera: Macedonia, Roma. Se desconcierta entre los ensanches en los nuevos descubrimientos geográficos y los nuevos pueblos y maneras que afloran a la historia. Sobreviene un desquiciamiento de la antigua economía social y cuanto ellas significa. Entonces, abandonados ya los inútiles altares cívicos de antaño, sube como marea la religión del segundo piso. Casi diríamos: sube de las catacumbas los Misterios. Las aguas se mezclan con los ardientes acarreos asiáticos; “prolifera” las aberraciones místicas; y entre todo ello, triunfa y se define un solo Misterio, el Cristianismo, herencia depurada y enriquecida, pero herencia legítima -por justa evolución histórica- del saldo que arrojan las vicisitudes religiosas de Grecia. Así lo explican sumas autoridades eclesiásticas y humanísticas, sin por eso atentar a la doctrina de la Revelación. Y así, es nuestra concepción de la vida y de la muerte, del mundo y del tras mundo, otra vez aparece Grecia.

Nadie ignora lo que significa el arte de Grecia, todos lo admiran, y es, por ventura, el aspecto más popular del riquísimo legado helénico. En las angustiosas dimensiones de esta exposición, sólo cabe usar una palabra para caracterizar el arte griego, y esa palabra es “equilibrio”. Lo asombroso es que en tan poco tiempo sea llegado al arte clásico, tras aquella oscuridad causada por las últimas invasiones llamadas dorias; oscuridad que sólo de lejos ilumina el faro de Homero. Porque Homero es poeta arqueológico, casi equivalente a lo que hoy sería un épico que cantase la conquista de México.

Es verdad que Grecia no brotó de la nada. Cada vez se excava más en el terreno de la antesala de Grecia que fue la civilización egea, en su era cretense o minoica, si en su era micénica; así como cada día se descubren con mayor nitidez los antecedentes del Asia menor y la costa siria, que han reducido mucho la preeminencia antes concebida al solo Egipto en la preparación de Grecia. Pero también es verdad que entre aquellas vetusteces y la Grecia propiamente dicha parece haberse agregado, a ojos de los mismos griegos, la luz de la historia. Al punto que ellos mismos fraguaron una ficción mitológica para hacer veces de prehistoria. Sobre esta etapa previa sabemos hoy más que los griegos de ayer. Y lo que sabemos apenas empezamos a averiguarlo en nuestros días, gracias a la piqueta de Schliemann, de Evans.

Tampoco necesita largo comentario el significado de las letras griegas. A ellas tiene que volver todo escritor, como vuelve el campeón del golf, de cuando en cuando, a los ejercicios de la clava (o *club*), para corregirse de los servicios que va contrayendo en los *links*. Acaso al constante contacto con la vida, con sus amarguras y sus goces, sus afanes y triunfos, deben los escritores griegos ese aire de salud general que haces sus obras incommovibles. Los escritores modernos, junto a ellos, parecen todos alambicados. Aquellos excelsos poetas no conocieron la torre de marfil. La vida pública se les confundía -como a todos los griegos- con la privada; participaba en la asamblea, en el consejo, en los tribunales, en la guerra, y despachaban por sí sus negocios y se ocupaban de su heredad. Eurípides, por ejemplo, ha dejado un centenar de tragedias, ¡y de los veinte a los sesenta años tuvo que cumplir su servicio militar Y participar en varias campañas!

La originalidad verdadera nunca busca la originalidad. Los poetas griegos no necesitan lanzar manifiestos -eso lo dejamos a los políticos-; se manifestaban en sus versos. Plenamente vitales, no les hacían falta las drogas para sentirse vivos. No suspiraban por beber vino azul, que ya

tenían su vino rojo, y una buena bocanada de aire bastaba para transportarlos. No se les ocurrió cultivar claveles verdes, porque se satisfacían con el lirio silvestre que Safo recogió un día en las laderas. ¿si eran más primitivas que nosotros? Ciertamente: y estaban más lejos del manicomio.

Pero vale la pena recordar que aquella diminuta Grecia -menor que algunos de nuestros estados federales-, parece haberse empeñado en darnos el proceso de la historia literaria en un muestrario diminuto e intenso, fácil de abarcar, tan hermoso como comprensible, al modo de un “plano-relieve” que puede ponerse en una mesa. Los géneros se suceden de una a otra época: epopeya, lírica, drama (tragedia y comedia antigua), comedia romántica, ensayo y novela. En cuanto a los oradores, vinculados al desarrollo, los vaivenes y la ruina de la democracia, cuando pierden su utilidad pública se transforma en conferenciantes de salón, y van incurriendo en excesivos lujos verbales. De suerte que los géneros pueden estudiarse por épocas, casi aisladamente, como si los hubiera ordenado así un sumo maestro de la literatura universal, para mejor conducir la educación de los hombres.

La historia, que brota entre las genealogías más o menos míticas y las crónicas locales, sabe conservar, al expandirse con los auténticos historiadores, una objetividad manifiesta que, sin empañar el sentido panhelénico ni el amor a la ciudad patria, les permite decir al pueblo sus verdades. Y tras leerlos, nos reímos de los que pretenden que la historia no da lecciones, sean quienes fueren. Cuando menos, aquellos historiadores nos aleccionan sobre el modo de escribir la historia. Y el respeto a la libertad histórica es una de las prendas más delicadas, más inestables de la cultura: verdadera flor un día, según lo sabemos los contemporáneos. Apréciase lo que era esa libertad de juicio, recordando que el comediógrafo Aristófanes, en plena lucha de la alianza ateniense contra la liga lacedemonia, se permitía censurar y poner en solfa a los demagogos que capitaneaban el partido de la guerra y que aconsejaban para sostenerla indefinidamente, seguir expoliando las pobres islas aliadas.

La filosofía griega, la ciencia, la libre investigación, asoman entre aquellos colonos plantados por los litorales del Asia Menor, a quienes *grosso modo* podemos llamar los jonios. La insolencia de los jonios, al enfrentarse con los terrores sagrados y la mortal solemnidad de los imperios asiáticos, funda el pensamiento científico. Los babilonios aún mezclan la cosmología y la astronomía con la astrología y la magia. Los griegos las emancipan. Los egipcios se contentan

con fábulas religiosas y reglas de albañilería o contabilidad para tratar las inundaciones del Nilo, la reparticiones de tierras, las cuentas de las despensas faraónicas. Los desenfadados helenos - que llaman “pastel” a la pirámide, “asador” al obelisco, “chisguete” a la catarata, “gorrión” al Ibis sagrado, y que inscriben con el cuchillo el nombre de sus amantes en los pies del ídolo egipcio-, a nada temen, buscan las causas naturales de los fenómenos, emancipan la teoría geométrica y matemática. Ciencia y filosofía alcanzan las cumbres que todo saben, y aún hoy mismo la nueva física-matemática, las geometrías no euclidianas y la lógica dinámica y post-aristotélica necesitan constantemente dejarse caer del trapecio y reposar en el suelo griego, entre uno y otro acto acrobático.

La economía griega nos dejó una lección por lo menos: la agricultura casera y patriarcal produce la sobrepoblación. Su misma virtud acaba por matarla. Los pueblos se lanzan a colonizar el litoral anatolio al oriente; la Italia meridional y Sicilia al occidente (la Magna Grecia o América de los griegos); y al norte, al temeroso Mar Negro o Ponto Euxino, ya tanteado por el legendario Jasón. Dos ciudades llegan tarde al festín: Esparta y Atenas. Esparta se empeña en el problema conquistando y esclavizando a los vecinos, y así se acuartela entre ellos para siempre y vive en un rigor bélico exagerado que detiene y aun hace retroceder su evolución social y política. Atenas halla otra solución: se lanza el comercio de exportación y a las artes que de él proceden, crea la marina y, para dar entrada a las nuevas clases artesanas, inventa la democracia.

La historia griega, en conjunto, también nos deja una enseñanza. Aquellas patrias chicas o Estado-Ciudades, aunque en discordias continuas, dan un libre juego a la mente y a la acción del hombre, lo que se desvanece visiblemente cuando ellas se vienen abajo. No logran realizar la unidad sino bajo la conquista extranjera. Aristóteles, mente griega, no entiende aquel sueño de un gobierno total que se lanza su discípulo, el macedonio Alejandro, poeta armado. También a los ojos de Nietzsche los enormes Estados contemporáneos resultan monstruosidades bárbaras comparados con las ciudades griegas. Cuando algunas de éstas se empeñan en realizar la hegemonía, caen en espantosas rivalidades y fracasan. La disputa entre Esparta y Atenas es el comienzo del fin. El imperio ateniense corroe para siempre la democracia de los buenos tiempos. El triunfo de la liga Lacedemonia conducida por Esparta -la cual no estaba preparada para cosecharlo, por falta de verdadero sentido político- acarrea a la larga la ruina de Grecia. Tucídides tenía razón: la guerra Peloponesia era una guerra trascendental; no sólo acontecía en

un rincón de la tierra, sino el espíritu humano. Y la verdad es que esta guerra entre Atenas y Esparta no acaba todavía y cubre hoy todo el mundo. Aun la enfermedad que contrajo Grecia a última hora nos ha sellado para siempre.

Alfonso Reyes. *Estudios Helénicos*

Pensamiento dialéctico

Los pensamientos pueden estar ligados con la evidencia, uno con otro, de dos modos. El primero es éste: un pensamiento aparece como sugerido de otro anterior porque no es sino la explicitación de algo que ya estaba en éste implícito. Entonces decimos que el primer pensamiento implica el segundo. Esto es el pensar analítico, la serie de pensamientos que brotan dentro de un primer pensamiento en virtud de progresivo análisis.

Pero hay otro modo de ligamen evidente entre los pensamientos. Si queremos pensar el cuerpo tierra, pensamos un cuerpo casi redondo de determinado tamaño, un poco deprimido en la región de ambos polos y, según recientes averiguaciones, ligeramente deprimido también en la zona del Ecuador, en suma, un esferoide. Pero resulta que no podemos pensarlo solitario, sino que al pensarlo yuxtaponemos o pensamos además el espacio en torno a ese esferoide, espacio que lo limita o lugar en que está. No habíamos previsto este añadido, no estaba en nuestro presupuesto pensarlo. Pero acontece que no tenemos más remedio, si pensamos el esferoide, que pensar también el espacio entorno. Ahora bien, es evidente que el concepto de este "espacio entorno" no estaba incluso o implicado el concepto "esferoide". Sin embargo, esta idea nos impone inexcusablemente aquélla, so pena de quedar incompleta, de que no logremos acabar de pensarla. El concepto "esferoide" no implica pero sí complica el pensamiento "espacio entorno". Este es el pensar sintético o dialéctico.

En una serie de dialéctica de pensamientos, cada uno de estos complica e impone pensar el siguiente. El nexos entre ellos es mucho más fuerte que en el pensar analítico. En el pensar sintético no es que podamos, es que tenemos, "velis nolis", que yuxtaponer un nuevo concepto. La dialéctica es la obligación de seguir pensando. Es el hecho mismo de la condición humana, pues el hombre, en efecto, no tiene más remedio que

seguir pensando porque siempre se encuentra con que no ha pensado nada "por completo" sino que necesita integrar lo ya pensado, so pena de advertir que es como si no hubiera pensado nada y, en consecuencia, de sentirse perdido.

La serie del pensar filosófico es una serie dialéctica, en la que el pensamiento de un filósofo queda trunco y es retomado por otro. Tal serie constituye la historia de la filosofía.

Ortega y Gasset. *Origen y epílogo de la filosofía*

El descubrimiento del Cosmos

Las cosas deben pagar unas a otras castigo y pena de acuerdo con la sentencia del tiempo. (Anaximandro, citado en: Werner Jaeger. *Paideia*. p. 158.)

Este cosmos no lo hizo ningún dios ni ningún hombre, sino que siempre fue, es y será fuego eterno, que se enciende según medida y se apaga según medida. (Heráclito. Fragmento 30, citado en: G. S. Kirk, J. E. Raven y M. Schofield. *Los filósofos presocráticos*. p. 288.)

El sol no sobrepasará sus medidas; si lo hiciera, las Erinias, ejecutoras de la justicia, lo reducirían a ellas. (Heráclito. Fragmento 94, citado en: G. S. Kirk, J. E. Raven y M. Schofield. *Los filósofos presocráticos*. p. 293.)

Parménides

Lo que puede decirse y pensarse debe ser, pues es ser, pero la nada no es. Esto es lo que te ordeno que consideres, pues esta es la primera vía de investigación de la que intento apartarte y después de aquella por la que los hombres ignorantes vagan, dicéfalos; pues la incapacidad guía en su pecho el pensamiento errante; son arrastrados, sordos y ciegos a la vez, estupefactos, gentes sin juicio, que cree que ser y no ser son lo mismo y no lo mismo; el camino que todos ellos siguen es regresivo. Parménides. *Fragmento 6*.

Ni nunca fue ni será, puesto que es ahora, todo entero, uno, continuo. Pues ¿qué nacimiento podrías encontrarle? ¿Cómo y de dónde se acreció? No te permitiré que digas ni pienses de "lo no ente", porque no es decible ni pensable lo que no es. Pues ¿qué necesidad le habría impulsado a nacer después más bien que antes, si procediera de la nada? Por tanto, es necesario que sea completamente o no sea en absoluto. Ni la fuerza de la convicción permitirá jamás que de lo no ente nazca algo además de ello. Por eso, la Justicia no afloja sus cadenas para permitir que nazca o que perezca, sino que las mantiene firmes; la decisión sobre estas cosas se basa en esto: es o no es. Pero se ha decidido, como es necesario, abandonar una vía por impensable y sin nombre (pues no es el verdadero camino) y que la otra es y es genuina. Y ¿cómo podría lo que es ser en el futuro? ¿Cómo podría llegar al ser? Pues, si llegó a ser, no es, ni es, si alguna vez va a llegar a ser. Por tanto, queda extinto el nacimiento y la destrucción es inaudita. Parménides. *Fragmento 8*. M. Schofield. *Los filósofos presocráticos*.

Heráclito

Fragmento 52: La mar es el agua más pura y más impura, para los peces potable y saludable, para los hombres impotable y mortal.

Fragmento 55: Las bestias son llevadas a pastar a golpes.

Fragmento 69: El camino hacia arriba y hacia abajo es uno y el mismo.

Fragmento 81: Nos embarcamos y no nos embarcamos en los mismos ríos, somos y no somos.

Fragmento 104: para los hombres no es mejor que se haga cuanto quieren: la enfermedad ha hecho grata a la salud, el mal al bien, el hambre a la hartura, el trabajo al descanso.

Fragmentos de Heráclito.

Cuadernos de apoyo a la docencia. Facultad de Filosofía y Letras.

Leucipo y Demócrito

Principios del atomismo: átomo, kenón, kinesis

Leucipo creyó tener argumentos concordantes con la percepción sensorial que no hacen desaparecer el nacimiento y la destrucción, el movimiento o la pluralidad de los entes. Concuere en la apariencia en este aspecto, pero a los que sostienen la Unidad les concede ninguna parte de lo que es es no-ser -porque lo que es en sentido estricto está completamente lleno. Pero un ser así, dice, no es uno; hay un número infinito y son invisibles a causa de la pequeñez de sus partículas. (Aristóteles. *De Gen et Corr.* A8 324 a 9)

[...] dan cabida al movimiento local quienes sustentan la existencia del lugar independiente de los cuerpos que a él llegan, así como quienes afirman el vacío. Causa del movimiento creen ellos es el vacío, como aquello en lo cual el movimiento se produce. (Aristóteles. *Física.* IV 6, 214a)

Los átomos se desplazan azarosamente en el vacío y se encuentran espontáneamente debido a su impetuoso movimiento desordenado.

Azar y necesidad

Ni por efecto de la inteligencia,

ni por su reflexión se colocaron

en el orden que vemos los principios,

ni entre sí, a la verdad, han concertado

sus movimientos, sino que infinitos
los principios, movidos de mil modos,
sujetos a impulsos exteriores
después de tanto número de siglos
cuando todas las combinaciones
posibles, entre sí experimentaros,
después de mucho tiempo y muchas juntas
y movimientos se coordinaron
y se hicieron grandes masas,
que llegaron a ser en cierto modo
un bosquejo primero de la Tierra,
el mar, el Cielo y seres animados.

Lucrecia. *De la naturaleza de las cosas.*

Capítulo V. Versos 580-560

Este es el modo como se forman los mundos. Muchos cuerpos (átomos) de todo tipo de formas se separan de lo infinito y afluyen a un gran vacío; éstos, cuando se reúnen en masa, producen un único torbellino, en el que, al seguir su movimiento, chocan unos contra otros [...] y comienza a ordenarse lo semejante con lo semejante [...] los átomos

más pequeños salen al vacío exterior como a través de un colador. Los demás permanecen unidos y entrelazándose forman un conglomerado esférico [...] La tierra se forma así por haber quedado juntos en el mismo lugar los átomos que se habían desplazado hacia el centro. (Diógenes Laercio. IX 31)

Cosmología atomista

[Afirma Demócrito] que hay infinitos mundos y que ellos difieren por su magnitud; dice, además, que en algunos no hay ni sol ni luna, que en algunos el sol y la luna son más grandes y que en otros mundos hay más de un sol y más de un luna [...] mientras algunos mundos están desarrollándose, otros han alcanzado su pleno desarrollo y otros están en vías de decadencia [...] hay varios mundos carentes de animales, de plantas y de todo elemento húmedo. (Hipólito I 13, 2)

Dion Alej. en *Eus.* P. E. XIV . 23 2.3

Los Sofistas

El mito de Prometeo

Era en aquel tiempo en que los dioses ya existían, pero en que no existían aún los linajes mortales. Cuando llegó el momento que había determinado el Destino para el nacimiento de estos, los dioses los modelaron en las entrañas de la Tierra con una mezcla de tierra, fuego y las demás sustancias que se pueden combinar con el fuego y la tierra. En el momento de sacarlo a la luz, los dioses mandaron a Prometeo y a Epimeteo que distribuyeran de manera conveniente entre ellos todas las cualidades que ellos tenían que poseer.

Epimeteo rogó a Prometeo le dejara a él el cuidado de hacer por sí mismo la distribución: “Cuando ésta esté lista -dijo-, tú inspeccionarás mi obra.” Concedido el permiso, él se puso manos a la tarea.

En esta distribución, dio a los unos la fuerza, sin la rapidez; a los más débiles, les asignó la cualidad de la rapidez; a los unos les concedió armas, y a los que por naturaleza estaban inermes, inventó alguna otra cualidad que pudiera garantizar su salvación. A los que les daba un tamaño muy pequeño, les concedía la capacidad de huida volando o bien el vivir bajo la tierra. A los que tenían un tamaño muy grande, los salvaba mediante el mismo tamaño. En una palabra: mantuvo un equilibrio entre todas las cualidades. Y en esta diversidad de inventos, se preocupaba él de que ninguna raza pudiera desaparecer.

Luego de haber pertrechado a todos de manera suficiente contra las destrucciones mutuas, se ocupó de darles defensa contra las inclemencias que proceden de Zeus², revistiéndolos de pelos espesos y pieles gruesas, que sirvieran de abrigo contra el frío,

así como también contra el calor, y, además, para cuando fueran a dormir, de cubiertas naturales y adecuadas a cada viviente. A los unos les calzó cascos o pezuñas; a los otros, de cueros duros y carentes de sangre. Luego se preocupó de dar a cada uno un alimento distinto: a los unos, las hiervas de la tierra; a los otros, sus raíces; a algunos les asignó como alimento la carne de los otros. A esos les dio una posteridad poco numerosa, y a sus víctimas les tocó en herencia la fecundidad, salvación de su especie.

Ahora bien: Epimeteo, cuya sabiduría era imperfecta, había ya gastado, sin darse cuenta de ello, todas las facultades a favor de los animales, y le quedaba aún por proveer de las suyas a la especie humana, con la que, falto de recursos, no sabía qué hacer. Estando en este embrollo, llega Prometeo para inspeccionar el trabajo. Ve todas las demás razas armoniosamente equipadas para vivir, y al hombre, en cambio, desnudo, sin calzado, sin abrigo, sin armas. Y había llegado el día señalado por el Destino para que el hombre saliera de la tierra a la luz.

Prometeo, ante esta dificultad, no sabiendo qué medio de salvación encontrar para el hombre, se decidió a robar la sabiduría artística de Hefesto y Atenea y, al mismo tiempo, el fuego -ya que sin el fuego era imposible que esta sabiduría fuera adquirida por nadie o que prestara ningún servicio-; y luego, hecho esto, hizo donación de ello al hombre.

De esta manera el hombre recibió en posesión las artes útiles a la vida, pero se le escapó la política; ésta, en efecto, se encontraba en Zeus; ahora bien: Prometeo no tenía ya tiempo de entrar en la Acrópolis, la mansión de Zeus; además, a las puertas de la mansión había centinelas muy temibles. Pero si pudo entrar, sin ser visto, en el taller en que Hefesto y Atenea practicaban juntos las artes de su afición, de forma que habiendo robado a la vez las artes del fuego que corresponden a Hefesto y las demás artes que son patrimonio de Atenea, pudo darlas a los hombres. Por esta razón el hombre está en

posesión de todos los recursos necesarios para la vida, y también por este motivo se dice que Prometeo fue luego acusado de robo.

El hombre, al participar de las cualidades divinas, fue primeramente el único animal que honró a los dioses, y se dedicó a construir altares e imágenes de deidades: tuvo, además, el arte de emitir sonidos y palabras articuladas, inventó las habitaciones, los vestidos, el calzado, los medios de abrigo y los alimentos que nacen de la tierra. Pertrechados de esta manera para la vida, los seres humanos vivieron primero dispersos, sin que existiera ninguna ciudad; así, pues, eran destruidos por los animales, que siempre y en todas partes eran más fuertes que ellos, y su ingenio, suficiente para alimentarlos, seguía siendo impotente para la guerra contra los animales; la causa de esto estaba en que no poseían el arte de la política, del que el arte de la guerra es una parte. Buscaban, pues, la manera de reunirse y de fundar sus ciudades para defenderse. Pero, una vez reunidos, se herían mutuamente, por carecer del arte de la política, de forma que comenzaban de nuevo a dispersarse y a morir.

Entonces Zeus, preocupado al ver que nuestra especie amenazaba con desaparecer, mandó a Hermes que trajera a los hombres el pudor y la justicia, para que en las ciudades hubiera armonía y lazos creadores de amistad.

Hermes, pues, preguntó a Zeus de qué manera debía dar a los humanos el pudor y la justicia: “¿He de distribuirlas como las demás artes? Éstas se hallan distribuidas de la siguiente forma: un solo médico es suficiente para muchos profanos, y lo mismo ocurre con los demás artesanos. ¿Es ésta la manera en que he de implantar la justicia y el pudor entre los humanos o he de distribuirlos entre todos?” “Entre todos -dijo Zeus-, que cada uno tenga su parte en estas virtudes; ya que si solamente las tuvieran algunos, las ciudades no podrían subsistir, pues aquí no ocurre como en las demás artes; además,

establecerás en mi nombre esta ley, a saber: que todo hombre incapaz de tener parte en la justicia y el pudor debe ser condenado a muerte, como una plaga de la ciudad.”

Platón. *Protágoras*. 320d-322b

Ley convencional y ley natural

La justicia consiste en no transgredir las leyes y costumbres de la ciudad de la cual se es ciudadano. Síguese que la manera para que un hombre sea justo con mayor ventaja para sí mismo es respetar las leyes cuando se esté en presencia de testigos, pero cuando solo y sin testigos respetar los mandamientos de la naturaleza. Lo que las leyes mandan es una imposición extraña. Lo que la naturaleza manda es una necesidad que es parte de nuestro modo de ser. La ley es una convención artificial, no un desarrollo natural... Si, por consiguiente, tú transgredes las leyes, estarás libre de vergüenza y castigo, siempre y cuando los que participan contigo en la convención no lo sepan, pero no de otro modo; mientras que si buscas reprimir, más allá de los límites de lo que es posible, lo que es inherente a tu naturaleza, el daño que así resulte no será ni más pequeño por mantenerse en privado, ni más grande por haberse hecho público; puesto que el daño se causa por lo que realmente acontece, y no por lo que la gente piensa... ¿Puede realmente ser que lo que las leyes prohíben al hombre no sea menos repugnante y enajenado para la naturaleza que lo que le ordenan?

Antifonte. *Sofistas. Testimonios y fragmentos*.

La opción por la injusticia

I. Una vez dicho esto, creía que se daba ya por finalizada la discusión: pero, al parecer, estábamos todavía en su comienzo. Porque Glaucón, siempre valeroso en todo, también entonces no consideró oportuna la renuncia de Trasímaco, sino que dijo

-¿Quieres mejor, Sócrates, convencemos sólo aparentemente de que hay que preferir lo justo a lo injusto, o que lo creamos a todo evento?

-Si de mí dependiese -contesté-, desearía convencerlos realmente.

-Pues indudablemente -dijo-, no haces lo que quieres. Porque, dime: ¿no te parece que existe algún bien, que deseamos poseer no en atención a lo que de él se deriva, sino por lo que él es, cual ocurre con la alegría y esos otros placeres inofensivos que no producen más ventaja que el goce para quien disfruta de ellos?

-Sí -respondí yo-, me parece que un bien como ese existe.

-¿Pues qué? ¿No nos complacemos también con algún otro tanto por sí mismo como por sus resultados, así, por ejemplo, la inteligencia, la vista o la salud? Creo que por ambas razones gustamos de ellos.

-Sí -le dije.

-¿Y no convienes -añadió- que existe una tercera clase de bienes, entre los que se cuentan la gimnasia, el ser curado cuando se está enfermo, el ejercicio de la medicina y cualquier profesión lucrativa? Decimos de todas estas cosas que son penosas, pero que nos prestan su ayuda, y no desearíamos poseerlas por sí mismas, sino por las ganancias y cualesquiera otras ventajas que proporcionan.

-En efecto -dije-, admito esa tercera clase de bienes, pero ¿con qué objeto hablas de ella?

-¿En qué clase -preguntó- pones tú a la justicia?

-Creo -le contesté- que debe estar en la mejor, que será la que desee, tanto por sí misma como por sus resultados, el hombre que quiera ser feliz.

-Pues no parece ser esa la opinión de la mayoría -añadió-, que considera a la justicia entre los bienes penosos que ha de ejercitarse en referencia a las ganancias buena reputación que procura. Pero que por sí misma ha de desdeñarse como molesta

* * *

II. -Sé -le dije- que es esa la opinión general, por lo que Trasímaco la reprueba como tal, ensalzando, en cambio, a la injusticia. Muy torpe debo ser yo, según parece, para no entenderlo así.

-Vamos a ver -dijo-, escúchame, que trataré de ponerte de acuerdo conmigo. A mi entender, Trasímaco, lo mismo que la serpiente, se ha dejado vencer demasiado pronto, y al igual que ella, fascinado por tus palabras. Yo, en cambio, no he quedado convencido hasta ahora con lo que ha dicho una y otra parte y deseo que se me hable tanto de la justicia como de la injusticia, de lo que es cada una de ellas y qué efectos producen en un alma, sin que para esto haya que tener en cuenta las ganancias y resultados que procuran. Esto es justamente lo que haré, si no pones reparo alguno. Repetiré las razones de Trasímaco y hablaré primero de lo que dicen que es la justicia y acerca de dónde proviene, y luego haré ver cómo cuantos la practican lo hacen contra su voluntad y necesariamente, no como si se tratase de un bien. En tercer lugar, demostraré que obran así con razón, pues, según dicen, resulta mucho mejor la vida del injusto que la del justo. Pero a mí, Sócrates, no me parece que eso sea verdad; muy al contrario estoy en dudas y me zumban los oídos al escuchar a Trasímaco y a otros mil como él, en tanto no he escuchado todavía a ninguno que defienda, según yo quisiera, que la justicia es mejor que la injusticia. Desearía, en verdad, oír a alguien que la alabase en sí misma y preferiría que fueses tú el que prodigase esta alabanza. Por esa razón

procederé a extenderme en elogios sobre la vida injusta y después de ello te mostraré cómo quiero oírte censurar la injusticia y alabar la justicia. Mas advierte primeramente si lo que digo es de tu agrado.

-Completamente -dije yo-. Pues ¿qué otra cosa más grata para un hombre sensato que hablar y escuchar sobre este tema?

* * *

III-Bien dices -replicó-. Escúchame hablar sobre aquello con lo que dije que comenzaría; esto es, acerca de lo que es y de dónde procede la justicia. Pues dicen que es un bien el cometer la injusticia y un mal el padecerla, aunque hay mayor mal en recibir la injusticia que ventaja en cometerla, ya que luego que los hombres comenzaron a realizar y a sufrir injusticias, tanto como a gustar de ambos actos, los que no podían librarse de ellos resolvieron que sería mejor establecer acuerdos mutuos para no padecer ni cometer injusticias; y, entonces, se dedicaron a promulgar leyes y convenciones y dieron en llamar justo y legítimo al mandato de la ley; tal es la génesis y la esencia de la justicia. La justicia es querida no como un bien, sino como algo respetado por incapacidad para cometer la injusticia, puesto que el que puede cometerla y es verdaderamente hombre no intenta ponerse de acuerdo con nadie para evitar su realización o el sufrimiento que aquella impone. Se le tildaría de loco, en verdad: He aquí, por tanto, la naturaleza de la justicia, Sócrates, y todo lo que tiene relación con su origen, según lo dicho.

* * *

IV. Y en cuanto a que los buenos lo son por su impotencia de ser injustos, forzoso será que hagamos la siguiente suposición: demos libertad a cada cual, justo e injusto, para que proceda a su antojo, y veamos luego hasta dónde son capaces de llevar su capricho.

Sorprenderemos al hombre en flagrante delito, dominado por la misma ambición que el injusto y llevado por naturaleza a perseguirla como un bien aunque por ley necesaria se vea conducido al respeto de la igualdad. Esta libertad a que me refiero podrían disfrutarla quienes dispusiesen de un poder análogo al del antepasado del lidio Giges, que dicen era pastor al servicio del entonces rey de Lidia. Habiendo sobrevenido en esa ocasión una gran tormenta acompañada de un terremoto, se abrió la tierra y se produjo una sima en el lugar donde apacentaba sus rebaños. Ver esto y quedar lleno de asombro fue una misma cosa, por lo cual bajó siguiendo la sima, en la que admiró, además de otras cosas maravillosas que narra la fábula, un caballo de bronce, hueco, que tenía unas puertas a través de las que podía entreverse un cadáver, al parecer de talla mayor que la humana. En este no se advertía otra cosa que una sortija de oro en la mano, de la que se apoderó el pastor, retirándose con ella. Luego, reunidos los pastores en asamblea, según la costumbre, a fin de informar al rey, como todos los meses, acerca de los rebaños, se presentó también aquel con la sortija en la mano. Sentado como estaba entre los demás, sucedió que, sin darse cuenta, volvió la piedra de la sortija hacia el interior de la mano, quedando por esta acción oculto para todos los que le acompañaban, que procedieron a hablar de él como si estuviera ausente. Admirado de lo que ocurría, de nuevo tocó la sortija y volvió hacia fuera la piedra, con lo cual se hizo visible. Su asombro lo llevó a repetir la prueba para asegurarse del poder de la sortija, y otra vez se produjo el mismo hecho: vuelta la piedra hacia dentro, se hacía invisible, y vuelta hacia fuera, visible. Convencido ya de su poder, al punto procuró que le incluyeran entre los enviados que habrían de informar al rey, y una vez allí sedujo a la reina y se valió de ella para matar al rey y apoderarse del reino. Supongamos, pues, que existiesen dos sortijas como esta, una de las cuales la disfrutase el justo y la otra el injusto, no parece probable que hubiese nadie tan firme en sus convicciones que permaneciese en la justicia y que se resistiese a hacer uso de lo ajeno, pudiendo a su antojo apoderarse en el mercado de lo que quisiera o introducirse en las casas de los demás para dar rienda suelta a sus

instintos, matar y liberar a capricho, y realizar entre los hombres cosas que sólo un dios sería capaz de cumplir. Al obrar así, en nada diferirían uno de otro, sino que ambos seguirían el mismo camino. Con esto, se probaría fehacientemente que nadie es justo por su voluntad, sino por fuerza, de modo que no constituye un bien personal, ya que si uno piensa que está a su alcance el cometer injusticias, realmente las comete. Ello, porque todo hombre estima que, particularmente, esto es para sí mismo, la injusticia le resulta más ventajosa que la justicia, en lo cual estará de acuerdo el que defiende la teoría que ahora expongo. Pues, verdaderamente, si hubiese alguien dotado de tal poder, que se negase en toda ocasión a cometer injusticias y a apoderarse de lo ajeno, parecería a los que le juzgasen un desgraciado y un insensato, aunque reservasen el elogio para sus conversaciones, temiendo ellos mismos ser víctimas de la injusticia. Esto es lo que puede decirse en tal caso.

* * *

V. Respecto al juicio que nos merece la vida de los hombres de que hablamos, esto es, si seremos capaces de juzgarles rectamente, habrá que decir que ello es posible a condición de referirse separadamente al que creemos más justo y más injusto. Pero ¿cómo considerar esa separación? Indudablemente, no deberá quitarse nada al injusto de su injusticia, ni al justo de su justicia, sino que, por el contrario, a cada uno habrá que suponerle perfecto paradigma en su género de vida. En primer lugar, que el injusto desarrolle su trabajo como un buen artesano, cual si se tratase de un excelente piloto o de un médico que conocen las posibilidades o limitaciones de su técnica, realizando aquellas y omitiendo las segundas o incluso reparando sus faltas de manera suficiente, caso de haberlas cometido. Así también, el hombre injusto que realiza perfectamente sus malas acciones, lo hace a escondidas para ser injusto en su verdadera, medida. Porque si se le sorprende en ellas, forzoso será creer que es un hombre inepto, ya que la más perfecta injusticia consiste en parecer ser justo sin serlo. Demos, pues, al hombre

perfectamente injusto la más perfecta injusticia, y no le privemos de ella como no sea para permitirle que cometa las acciones más reprobables y que, con ellas, obtenga la mayor reputación de hombre justo. Dejémosle que, si en algo fracasa, pueda intentar su recuperación e incluso llegar a convencer a quien se atreva a denunciar sus maldades, y obligar por la fuerza si es necesario, valiéndose de su valor y de su fuerza, de los recursos propios o de los de sus amigos. Pongamos ahora junto a él al hombre justo, que es un hombre sencillo y noble, decidido a ser bueno y no a parecerlo, como dice Esquilo. Despojémosle, pues, de su apariencia. Porque, si parece ser justo, tendrá los honores y recompensas que le corresponden, y no aparecerá con claridad si es tal por amor de la justicia o por las recompensas y honores que recibe. Hay que dejarlo como desnudo de todo excepto de la justicia, haciéndolo completamente contrario al hombre citado anteriormente, que no habiendo cometido injusticias sea tenido por el más perverso, a fin de que, sometida su virtud a las más duras pruebas no se deje ablandar por la mala reputación y por todo lo que ella trae consigo, sino que vaya invariable hacia la muerte, con la inmerecida fama de hombre injusto, Llevados a su culminación estos dos hombres - culminación de justicia el uno, de injusticia el otro- podrá juzgarse cuál de ellos es el más feliz.

VI. -¡Oh mi querido Glaucón! -dije yo- cuán decididamente has purificado a cada uno de estos hombres, como si fuesen estatuas, para que así los juzguemos.

-Como estuvo en mi poder hacerlo -contestó-. Y siendo ambos de tal modo, no resultará difícil, a mi parecer, expresar con palabras la vida que aguarda a cada uno. Digámoslo, pues, y si tú crees que mi expresión es demasiado ruda, te diré, Sócrates, que no hablo por mí mismo, sino para repetir el juicio de los que prefieren la injusticia. Esto dirán: que si el justo es así, será fustigado, torturado, encadenado, le quemarán sus ojos, y luego de haber sufrido toda clase de males, será crucificado y comprenderá con ello que no conviene ser justo, sino sólo parecerlo. Mucho más adecuado estaría aplicado al

injusto el dicho de Esquilo, ya que, en realidad, es él de quien dirán que realiza sus acciones de acuerdo con la verdad y no a tenor de las apariencias, pues no pretende parecer justo, sino serlo,

ofreciendo a través de su mente el surco profundo del que brotan los prudentes consejos.

y gobernar sobre todo en la ciudad que lo reputa como justo, así como tomar la esposa por él deseada, casar a gusto a sus hijos, trabar amistad y relación con quien desee y obtener ventaja de todo ello, puesto que no siente aversión a la injusticia. Tanto privada como públicamente podrá competir y vencer en los procesos, superando a sus enemigos, con lo cual beneficiará a sus amigos para perjudicar, en cambio, a aquellos, y podrá también ofrendar suficientes exvotos y sacrificios a los dioses, superando con mucho el cuidado que en esto prodigue el justo, siempre inferior en la honra a los dioses y a los hombres que desea enaltecer. De manera que llegará a ser, probablemente, más amado de los dioses que el hombre justo, y dirán entonces, Sócrates, que con respecto a los dioses y a los hombres la vida del injusto es mejor que la del justo.

Platón. *La república, o de los justo. Libro Segundo. 357a-362c*

¿Qué es el espíritu?

El ser humano como desertor de la vida

(Fragmento)

Max Scheler

El hombre individual no está enfermo; y aún puede estar muy “sano” dentro de su organización específica. Pero el hombre mismo es una enfermedad. Ese gusanillo llamado “hombre”, podrá pavonearse cuanto quiera en la inmensidad del Universo. Podrá sentirse todo lo importante que le plazca en su historia; podrá envanecerse de haber producido Estados, ciencias, instrumentos, idiomas, etc., y vanagloriarse de tener “conciencia” y de no estar, como el animal, en éxtasis ante el mundo. No por ello deja de ser la vía muerta, la enfermedad de la vida. ¿Para qué hace tan extraños rodeos?

“Cogito, ergo, sum, [pienso, por tanto, existo] dice, orgulloso y soberano Descartes. Pero Descartes, ¿por qué piensas? ¿Por qué quieres? Piensas porque ni el instinto ni la inteligencia técnica instintiva, encuadrada en el marco de tus problemas instintivos naturales, te dicen inmediatamente que debes hacer u omitir. Piensas, no -como crees- para “elevarte” sobre el animal en nuevas zonas del ser o de los valores, sino para ser “más animal que cualquier animal”. Y ¿a qué llamas tú elegir libremente? Llamas así al hecho de que muchas veces vacilas, esto es, no sabes dónde ir y para qué ir, cosa que el animal siempre sabe de manera inequívoca e inmediata, es decir, mejor que tú. Y ¿qué es la ciencia, la razón? ¿Qué es ese desarrollo superior de tu civilización (máquinas), tan apetecido por lo mucho que multiplica tu producción, y que permite que vivan cada vez más hombres sobre una misma comarca? ¿Qué es todo eso considerado en conjunto? ¡Ay!, es sólo un complicadísimo rodeo, destinado a cumplir la -para ti- difícil misión de conservar la especie ¿Por qué tienes idiomas, homúnculo? ¿Por qué conceptos? ¿Por qué has inventado “instrumentos” de forma estable para determinado fin? Voy a decírtelo -sin consideración a tu hipertrofiado orgullo-. Homúnculo, todo eso, y mucho más, lo has hecho por tu debilidad biológica, por tu impotencia biológica, por tu fatal incapacidad de evolución biológica. Todos esos son mezquinos sucedáneos de una vida que no pudiste desenvolver, y de la que no pudiste trascender. Todas esas “negaciones” de la vida, del instinto provienen de tu impotencia para construir , más allá de ti mismo,

un ser viviente por los medios habituales de la vida y sobre el terreno de las leyes del desarrollo vital.

El “espíritu” se nos ofrece como un parásito metafísico, que se introduce en la vida y el alma, para destruirlas.

Max Scheler. *Idea del hombre y la historia.*

Sócrates

El enigma de Sócrates

Así, pues, propone para mí este hombre la pena de muerte. Y yo ¿qué os propondré a mi vez, atenienses? ¿Hay alguna duda de que propondré lo que merezco? ¿Qué es eso entonces? ¿Qué merezco sufrir o pagar porque en mi vida no he tenido sosiego, y he abandonado las cosas de las que la mayoría se preocupa: los negocios, la hacienda familiar, los mandos militares, los discursos en la asamblea, cualquier magistratura, las alianzas y luchas de partidos que se producen en la ciudad por considerar que en realidad soy demasiado honrado como para conservar la vida si me encaminaba a estas cosas? No iba a donde no fuera de utilidad para vosotros o para mí, sino que me dirigía a hacer el mayor bien a cada uno en particular, según yo digo; iba allí, intentando convencer a cada uno de vosotros de que no se preocupara de ninguna de esas cosas antes de preocuparse de ser él mismo lo mejor y lo más sensato posible y que tampoco se preocupara de los asuntos de la ciudad antes que de la ciudad misma [...] Por consiguiente, ¿qué merezco que me pase por ser de este modo? Algo bueno, atenienses, si hay que proponer en verdad según el merecimiento. Y, además, un bien que sea adecuado para mí. Así, pues, ¿qué conviene a un hombre pobre, benefactor y que necesita tener ocio para exhortaros a vosotros? No hay cosa que convenga más, atenienses, que ser alimentado en el Pritaneo con más razón que su alguno de vosotros en las Olimpiadas ha alcanzado la victoria en las carreras de caballos, de ligas o de cuadrigas. Pues éste os hace parecer felices, y yo os hago felices, y éste en nada necesita el alimento, y yo sí lo necesito. Así pues, si es preciso que yo proponga lo merecido con arreglo a lo justo, propongo esto: la manutención en el Pritaneo.

Platón. *Defensa de Sócrates*. 36b-37a

Hubo una profunda necesidad histórica de lo sucedido [la condena a muerte de Sócrates]; tratábase de un choque inevitable entre el individuo espiritualmente libre y la comunidad y su inevitable tiranía. No era posible sustraerse a esta necesidad.

Werner Jaeger. *Paideia*

En Platón no se dice ni una palabra acerca de que Sócrates hubiese podido obrar de otro modo o de que sus jueces hubiesen podido ser más clarividentes o mejores. Uno y otro eran como tenían que ser y el destino no tenía más remedio que seguir su curso.

Werner Jaeger. *Paideia*

La mayéutica

-¿Es verdad que todos nosotros, los hombres, deseamos ser felices? Pero ¿acaso hace un momento no vacilaba yo por una de estas cuestiones ridículas? Pues es absurdo plantear cuestiones como esta, ¿no es verdad? ¿Quién, en efecto, no desea ser feliz?

-Todo el mundo lo desea-respondió Clinias.

-Bien-repuse yo-; pero ahora dime: puesto que nosotros deseamos ser felices, ¿de qué manera serlo? ¿Será acaso teniendo muchos bienes? Pero ¿es que no es esta una cuestión más ingenua aún que la primera? También esto, en efecto, es una cosa evidente, ¿no es así?

Él asintió.

-Veamos, pues. ¿Qué clase de cosas son realmente para nosotros bienes en la realidad? Pero ¿acaso no es verdad que también esta cuestión parece no encerrar ninguna dificultad y que de ninguna manera se necesita un espíritu profundo para fácilmente

encontrar respuesta a ello? Cualquiera podría decirnos que la riqueza es un bien, ¿no es verdad? -Ciertamente-dijo.

-¿Y que también lo es la salud, la belleza y la posesión suficiente de los demás bienes físicos?

Ese fue su modo de ver.

-Ahora bien: el nacimiento, el poder, los honores que uno recibe en su país, son evidentemente bienes.

Él lo reconoció así.

-¿Qué bien nos queda, pues, aún? ¿Qué diremos nosotros de la templanza, de la justicia y del valor? Por el nombre de Zeus, Clinias, ¿crees tú que tendremos razón para considerarlos bienes o bien no la tendremos? Es posible, en efecto, que alguien nos lo discuta. ¿Qué piensas tú de ello?

-Son bienes-dijo Clinias.

-Bien-repuse yo-; y al saber, ¿qué lugar le asignaremos nosotros en este coro? ¿Lo pondremos entre los bienes? ¿Qué dices a ello?

-Entre los bienes.

-Pregúntate, pues, si omitimos algún bien importante.

-No, no olvidamos ninguno, me parece, respondió Clinias.

Y yo, refrescando mis recuerdos, le dije:

-Sí, ¡por Zeus!, es posible que hayamos omitido el mayor de los bienes.

-¿A cuál te refieres?

-Al éxito Clinias; todos los espíritus, aun los más mediocres, reconocen en él el mayor de los bienes.

-Tienes razón-dijo él.

Y yo, cambiando de opinión una vez más aún, añadí:

-Hemos estado bien a punto de hacer que esos extranjeros se rieran de nosotros, tú, hijo de Axíoco, y yo mismo.

-¿Qué quieres decir?

-Luego de haber clasificado el éxito en la serie anterior, volvemos a comenzar ahora a hablar del mismo objeto.

-¿De qué manera, pues?

-Sin duda es ridículo que cuando un punto ha sido puesto sobre el tapete desde hace tiempo, se lo vuelva a poner sobre él y se digan dos veces las mismas cosas.

-¿Qué quieres decir con esto?-dijo él. -La sabiduría-dije yo-es sin duda un éxito; un niño lo comprendería. Él se mostró sorprendido de ello, tan joven e ingenuo es aún. Y yo, viendo su sorpresa, le dije:

-¿Ignoras tú, Clinias, que para salir del paso en el arte de tocar la flauta son los flautistas los que consiguen mejor su finalidad? Él estuvo de acuerdo en ello.

-¿Y que los que mejor consiguen su finalidad en la escritura y lectura de las letras-dije-son los gramatistas?

-Exactamente.

-Y ante los peligros del mar, ¿hay alguien, a tu ver, que consiga su meta mejor que los pilotos capaces, en general?

-Cierto que no.

-Y en campaña. ¿Con quién preferirías tú compartir el peligro y los azares, con un general hábil o con un general ignorante?

-Con un general hábil.

-Y si estuvieras enfermo, ¿con quién preferirías tú estar en peligro, con un médico de ellos sabio o un médico ignorante?

-Con uno sabio.

-¿Es, por tanto, así, porque tú crees que ibas a conseguir mejor tu objetivo con un sabio que con un ignorante?-Lo concedió.

-Así, pues, lo que en toda ocasión hace que la gente consiga su objetivo y tenga éxito es la sabiduría. Pues es evidente, la sabiduría no puede tomar nunca un camino falso, sino que debe necesariamente obrar como es debido y debe alcanzar el fin; sin ello dejaría de ser la sabiduría.

Finalmente, llegamos a ponernos de acuerdo, no sé cómo, en esta conclusión de conjunto, a saber: que con la sabiduría, el que la posee, no tiene ya necesidad de añadir a ella el éxito. Una vez hubimos llegado a estar de acuerdo en eso, le pregunté de nuevo lo que iban a ser nuestras conclusiones precedentes.

-Hemos convenido-dije-que con bienes numerosos podríamos tener felicidad y éxito. -
Lo reconoció así.

-¿Íbamos, pues, a ser felices gracias a los bienes que poseemos si no nos sirvieran para nada o lo íbamos a ser si nos fueran útiles? Tomemos como ejemplo los alimentos: si tuviéramos una gran cantidad de ellos, pero no los comiéramos, o una gran cantidad de bebida, pero no la bebiéramos, ¿nos sería esto de algún provecho?

-Ciertamente no-dijo él.

-Y si todos los artesanos se hubieran procurado todo lo que a cada uno le es necesario para su trabajo, pero sin hacer uso de ello, ¿llegaría cada uno de ellos a alcanzar su objeto gracias a esta adquisición por el hecho de poseer todo lo que debe poseer un artesano? Por ejemplo, un carpintero, si se hubiera procurado todos los instrumentos necesarios y toda la madera necesaria, pero no se pusiera a construir, ¿podría sacar algún provecho de esta adquisición?

-De ninguna manera-dijo.

-Y si un hombre, habiendo adquirido la riqueza y todos los bienes de que hablábamos hace un momento, no se sirviera en absoluto de ellos, ¿sería feliz por la adquisición de estos bienes?

-Evidente que no, Sócrates.

-Parece-dije-, en consecuencia, que es necesario no solamente poseer los bienes de esta clase para ser feliz, sino también hacer uso de ellos, pues sin eso su posesión no es de ninguna utilidad o provecho.

-Dices verdad.

-¿Es, pues, suficiente, Clinias, para conseguir la dicha, la posesión de estos bienes y su utilización?

-Esta es mi opinión.

-¿Tanto si uno hace de ellos-dije yo-un buen uso como si hace de ellos un mal uso?

-Si hace un buen uso.

-Tienes razón-respondí-. Porque se siguen mayores inconvenientes, a mi ver, en usar mal de una cosa cualquiera que en dejarla de lado; lo uno es malo, mientras que lo otro no es ni malo ni bueno. ¿No es esta nuestra opinión? -Él lo concedió.

-Pues bien: lo que en el trabajo y empleo de la madera determina el buen uso que se hace de ello, ¿es acaso otra cosa que la ciencia del carpintero?

-Es evidente que no-dijo.

-Y, sin duda, también en el trabajo de los muebles lo que determina el buen uso es una ciencia.

Asintió.

-¿Y respecto del empleo de los bienes de que hablábamos al comienzo-dije-, la riqueza, la salud, la belleza? ¿Es también una ciencia lo que está al frente del uso correcto de todas las cosas de este género y lo que dirige su práctica o bien es otra cosa?

-Es una ciencia-dijo.

-Así, pues, no es solamente el éxito, sino también el buen uso, parece, lo que nos da la ciencia en toda adquisición y forma de actividad.

Convino en ello.

-¡Por Zeus!-dije-, ¿acaso los demás bienes son de alguna utilidad sin razón y sabiduría?

¿Encontraría provecho un hombre en poseer y hacer muchas cosas sin la razón? ¿No tendría más bien que contentarse con poco? Piensa esto: ¿no es verdad que obrando menos cometería menos errores, que cometiendo menos errores experimentaría menos fracasos y que con menos fracasos sería menos desgraciado?

-Enteramente-dijo.

-Pues bien: ¿en qué casos obrará uno menos? ¿Siendo pobre o siendo rico?

-Siendo pobre-dijo.

-¿Siendo débil o siendo fuerte?

-Siendo débil.

- ¿Siendo honrado o careciendo de honores?

- -Sin honores.

- -¿Obrará uno menos siendo valiente y comedido o siendo cobarde?

- -Siendo cobarde.

- ¿Y también así siendo perezoso más bien que laborioso? -Estuvo de acuerdo en ello.

-¿Y siendo lento más bien que rápido, y con una vista y un oído débiles más bien que unos ojos penetrantes y un oído muy fino? -Nos pusimos de acuerdo en todos los puntos de este tipo.

-En una palabra, Clinias -le dije-: respecto del conjunto de los bienes que reconocíamos al comienzo, la cuestión no es, al parecer, la de saber de qué forma son bienes por sí mismos, sino que la realidad parece ser la siguiente: dirigidos por la ignorancia, son males peores que sus contrarios, y tanto peores cuanto más capaces son de servir a su

mal guía; conducidos por la razón y el saber, aumentan de valor; pero por sí mismos, ni los unos ni los otros tienen ningún valor.

-Según todas las apariencias, parece muy bien ser como tú dices.

-¿Qué consecuencia se saca, pues, de nuestra conversación? ¿No es acaso la de que no hay nada de bueno ni malo, excepto estas dos cosas: la sabiduría, que es un bien, y la ignorancia, que es un mal?

Estuvo de acuerdo.

Platón. *Eutidemo*. 278c-282a

El cuidado del alma

El descubrimiento del mundo interior y de su valor conduce, no a una renovación del estado, sino al nacimiento de un nuevo imperio ideal en que el hombre tiene su patria eterna.

Werner Jaeger. *Paideia*

Escuchad, pues, lo que a mí me ha sucedido, a fin de que sepáis que yo no puedo ceder ante nadie por temor a la muerte en contra de la justicia, y que yo soy capaz de morir antes que ceder. Os voy a contar cosas importunas y prolijas, pero verdaderas. Mirad, atenienses: el único cargo público desempeñado por mí fue el de miembro de Consejo, y

ejercía la “pritanía”¹ nuestra tribu Antióquide, cuando vosotros quisisteis que se juzgase conjuntamente a los diez generales que no recogieron a los caídos en la batalla que sabéis², modo de juzgar contrario a las leyes, como posteriormente todos considerasteis. En aquella ocasión yo fui el único de los pritanos que se opuso a que procedieseis en desacuerdo con las leyes y el único que votó en contra vuestra. Pese a que los políticos estaban dispuestos a presentar denuncia contra mí y conducirme ante los jueces correspondientes, y a que vosotros los animabais a ello gritando, yo estimé que debía correr aquel riesgo sin apartarme de la ley y de lo justo antes que, por temor a la prisión o a la muerte, ponerme de vuestro lado en ocasión en que vuestros proyectos no estaban de acuerdo con la justicia.

Platón. *Defensa de Sócrates*. 29e

Polo.- ¿Qué estás diciendo Sócrates? Supongamos que un hombre es apresado cuando se encuentra conspirando injustamente contra un soberano y que le dan tormento, le mutilan y le queman los ojos; supongamos que sufre muchos grandes ultrajes, mil afrentas de todo género, y que sus hijos y esposa padecen un trato semejante, y que finalmente es empalado o embadurnado de pez y quemado. ¿Ese hombre será más feliz así que si escapa y alcanza el poder y gobierna en la ciudad durante el resto de su vida, haciendo lo que se le antoja, envidiado y admirado por sus conciudadanos y por los extranjeros? ¿Cómo dices que es imposible refutar tu aserción?

¹ La presidencia del Consejo de Atenas, que era ejercida temporalmente por alguna de las tribus o *Demos* que constituían la ciudad.

² Batalla naval de las Arginusas (406 a. C.). A pesar de haber salido victoriosos los generales atenienses que tomaron parte en ella, fueron procesados y condenados.

Sócrates.-Quieres asustarme, buen Polo, lejos de refutarme. Y hace un momento recurrías a determinados testigos. Mas no importa. Pero aclárame un detalle que no sé si recuerdo bien: ¿has dicho “conspirando injustamente contra un soberano”?

Polo.-Sí, por cierto.

Sócrates.-Pues bien: ni el uno ni el otro será jamás más feliz: ni el que se ha apoderado injustamente de la autoridad suprema, ni el que ha sido castigado por pretender alcanzarla, porque de dos desdichados no se puede decir que uno sea más feliz que otro. Ahora bien: el que escapa del castigo y usurpa la soberanía es más desgraciado. ¿Qué es eso, Polo? ¿Te ríes? ¿Es esa otra manera de refutar, reírse cuando alguien dice algo, sin demostrar nada en contra?

Polo.- ¿No te parece, Sócrates, que estás enteramente refutado cuando haces afirmaciones de tal clase, que no pueden salir de los labios de ningún hombre? Y si no estás de acuerdo pregunta a cualquiera de los presentes.

Sócrates.-Amigo Polo, no soy de esos hombres que gustan de tener actuación política, y el año pasado, habiéndome correspondido en virtud del sorteo formar parte del Consejo, di no poco que reír en ocasión en que mi tribu era “prítana” y tenía yo que recoger los sufragios, por no saber cumplir este cometido. No me pidas, pues, ahora que recoja votos de los presentes; lejos de eso, si no tienes una refutación mejor que la que me ofreces, permíteme seguir en el uso de la palabra y conoce prácticamente el género de demostración que, como he dicho, considero conveniente. Porque, en efecto, yo no sé aducir más que un solo testimonio a favor de lo que digo: el de la persona con quien hablo; y, por el contrario, de la mayoría hago caso omiso. Sólo el voto de una persona sé recoger; con los grupos numerosos no siquiera converso. Mira, pues, si vas a querer contribuir por tu parte a la comprobación, respondiendo a lo que te pregunte. Yo, en

conclusión, creo que tú y yo y los restantes hombres estimamos que cometer injusticia es peor que sufrirla, y no ser castigado, peor que serlo... Considera de este modo la cosa: ¿ves tú en el terreno de la riqueza algún otro mal del hombre que la pobreza?

Polo.-No; veo sólo la pobreza.

Sócrates.- ¿Y qué ves en el mundo del cuerpo? ¿Dirás que la maldad de él es la debilidad, la enfermedad, la fealdad y otras cosas parecidas?

Polo.-Sí, podré decirlo.

Sócrates.- ¿Y consideras que hay también en el alma alguna maldad?

Polo.- ¿Cómo no?

Sócrates.-Pues bien: ¿das a esa maldad el nombre de injusticia, ignorancia, cobardía y otros parecidos?

Polo.-Por supuesto.

Sócrates.-Pues bien: ¿has hablado de tres males correspondientes a tres elementos - riqueza, cuerpo y alma- a los cuales llamas pobreza, enfermedad e injusticia?

Polo.-Así es.

Sócrates.-Pues bien: ¿cuál es el más feo de estos males? ¿No es acaso la injusticia y en general el mal del alma?

Platón Gorgias, o de la retórica.473b-476d.

-[Sócrates]...la virtud es una especie de salud, belleza y buen estado del alma, mientras que el vicio es una enfermedad, deformidad y flaqueza de la misma.

-[Glaucón] Estás en lo cierto.

-¿Y no sabemos que las acciones buenas nos llevan a la adquisición de la virtud y las malas a la posesión del vicio?

-Por fuerza.

-Al parecer, no nos queda ya otra cosa por investigar si es conveniente ser justos, actuar honradamente y consagrarse a la justicia, se conozca o no los hechos del que obre así, o cometer injusticia, libres del temor a sufrir el castigo o bien obligados a mejorar de conducta.

-En cuanto a mí, Sócrates, estimo ridículo que nos detengamos en esa investigación, porque si creemos que una vez destruida la naturaleza del cuerpo es imposible vivir, aun poseyendo todos los alimentos y bebidas y toda clase de riquezas y de poder, ¿será posible que vivamos cuando se perturbe y corrompa la naturaleza de aquello con lo que vivimos, no obstante conservar la facultad de hacer cuanto desee, a excepción de lo que pueda liberarle del vicio y ayudarle a la adquisición de la justicia y de la virtud?

Platón. *La república*. 455b.

Sócrates.- ... ni ante la justicia ni en la guerra ni yo ni ningún otro deben maquinar cómo evitar la muerte a cualquier precio. Pues también en los combates muchas veces es evidente que se evitaría la muerte abandonando las armas y volviéndose a suplicar a los perseguidores. Hay muchos medios en cada ocasión de peligro, de evitar la muerte, si se tiene la osadía de hacer y decir cualquier cosa. Pero mucho me temo que no sea

esto lo difícil, atenienses, rehuir la muerte, sino que resulte mucho más difícil escapar de la maldad, que es cosa que corre mucho más ligera que la muerte. Y ahora yo, por ser lento y anciano, he sido alcanzado por la lenta, mientras que mis acusadores, fuertes y rápidos, han sido alcanzados por la más ligera, la maldad. Y así como yo ahora partiré de aquí condenado por vosotros a la pena de muerte, estos marcharán acusados por la verdad de maldad e injusticia. Yo quedaré sujeto a la pena que se me ha impuesto y ellos a la suya.

Platón. *Defensa de Sócrates*. 38d-39a.

En el pensamiento de Sócrates aparece como algo nuevo el mundo interior. La *areté* de que él nos habla es un valor espiritual.

Werner Jaeger. *Paideia*.

...el alma es espíritu pensante y razón moral, y esto los dos bienes supremos del mundo.

Werner Jaeger. *Paideia*

...la ética es la expresión de la naturaleza humana bien entendida. Ésta se distingue radicalmente de la simple existencia animal por las dotes racionales del hombre que son las que hacen posible el *ethos*. Y la formación del alma para este *ethos* es precisamente el camino natural del hombre.

Werner Jaeger. *Paideia*

El llamamiento de Sócrates al "cuidado del alma" fue lo que realmente hizo que el espíritu griego se abriese paso hacia la nueva forma de vida. Si el concepto de la vida, del *bíos*, que designa la existencia humana, no como un simple proceso temporal, sino como una unidad plástica y llena de sentido, como una forma consciente de vida, ocupa

en adelante una posición tan dominante en la filosofía y en la ética, ello se debe, en una parte muy considerable, a la vida real del propio Sócrates. Su vida fue un anticipo del nuevo *bíos*, basado por entero en el valor interior del hombre.

Werner Jaeger. *Paideia*

El bien como medida de todas las cosas

La médula del conflicto de Sócrates con el estado se presenta a partir del momento en que la investigación filosófica se torna de la naturaleza a las cosas humanas, es decir, al problema del estado y de la *areté* (virtud) y aparece frente a éste como razón normativa.

Werner Jaeger. *Paideia*

...los guardianes del Estado creen descubrir, detrás del papel que este pensador levantisco [Sócrates] se arroga, la rebelión del individuo espiritualmente superior contra lo que la mayoría considera bueno y justo y, por tanto, un peligro contra la seguridad del estado. Tal y como es, éste pretende ser el fundamento de todo y no parecen necesitar de ninguna otra fundamentación.

Werner Jaeger. *Paideia*

Hubo una profunda necesidad histórica de lo sucedido [la condena a muerte de Sócrates]; tratábase de un choque inevitable entre el individuo espiritualmente libre y la comunidad y su inevitable tiranía. No era posible sustraerse a esta necesidad.

Werner Jaeger. *Paideia*

¿Qué me importa el fundamento del mundo, si yo, como ser moral, sé clara y distintamente lo que es “bueno” y lo que debo? Si existe un fundamento del mundo, y coincide con lo que yo conozco por bueno, será entonces, como amigo mío, estimado

por mí; pero si no coincide, le escupiré a la cara, aun cuando me destruya y aniquile mis fines y a mí mismo como ser existente.

Dietrich Heinrich Kerler

Carta a Max Scheler

Platón

La línea

-Toma ahora una línea cortada en dos partes desiguales y vuelve a cortar cada una de estas en otras dos partes, también desiguales, que representen la especie visible y la inteligible. La claridad y la oscuridad se harán manifiestas en ambos casos, y en la parte visible nos encontraremos con las imágenes. Doy el nombre de imágenes en primer lugar a las sombras, y luego a las figuras reflejadas en las aguas y en todo lo que es compacto, liso y brillante y, si me comprendes, a todo lo que es análogo a esto.

-Sí que te comprendo.

-Coloca a un lado aquello de lo cual esto es imagen: así, los animales que están a nuestro alrededor, las plantas y todo lo que se prepara con el arte.

-Ya lo coloco-dijo.

-¿Por ventura te avendrías a admitir -dije yo- que esta división aplicada a la verdad y a la falsedad, es la misma que puede aplicarse a la opinión respecto de la ciencia, siguiendo el ejemplo de la imagen?

-No tendría inconveniente alguno-respondió.

-Pues ahora deberás considerar cómo ha de dividirse la sección de lo inteligible.

-¿Y cómo?

-El alma se verá forzada a buscar una de las partes haciendo uso, como si se tratase de imágenes, de las cosas que entonces eran imitadas. Procederá por hipótesis y se dirigirá no al principio, sino a la conclusión. Y para encontrar la otra, iniciará un camino de

hipótesis, pero para llegar a un principio absoluto; aquí prescindirá por completo de las imágenes y se quedará tan solo con las ideas consideradas en sí mismas.

-No comprendo de manera suficiente -dijo-lo que acabas de anunciar.

-Pues no tendré inconveniente en repetido -afirmé-, y lo comprenderás fácilmente en cuanto comience mi declaración. Bien sabes a mi juicio que los que se ocupan de la geometría, del cálculo y de otras ciencias análogas, dan por supuestos los números impares y los pares, las figuras, tres clases de ángulos y otras cosas parecidas a estas, según el método que adopten. Emplean estas hipótesis, como si en realidad las conociesen, y ya no creen menester justificar ante sí mismos o ante los demás lo que para ellos presenta una claridad meridiana. Empezando por ahí, siguen en todo lo demás un camino semejante hasta concluir precisamente en lo que intentaban demostrar.

-Eso, desde luego, ya lo sabía yo-dijo.

-¿Sabes igualmente que se sirven de figuras visibles que dan pie para sus razonamientos, pero que en realidad no piensan en ellas, sino en aquellas cosas a las que se parecen? ¿Y así, por ejemplo, que cuando tratan del cuadrado en sí y de su diagonal, no tienen en el pensamiento el que diseñan, y otras cosas por el estilo? Las mismas cosas que modelan y dibujan, cuyas imágenes nos las ofrecen las sombras y los reflejos del agua, son empleadas por ellos con ese carácter de imágenes, pues bien saben que la realidad de esas cosas no podrá ser percibida sino con el pensamiento. -Verdad es lo que dices-asintió.

XXI. -Pues esta es la clase de objetos que yo consideraba inteligibles. Para llegar a ellos, el alma se ve forzada a servirse de las hipótesis, pero no caminando hacia el principio, dado que no puede ir más allá de las mismas hipótesis y ha de usar de unas imágenes

que son objetos imitados por los de abajo, los cuales son honrados y estimados como evidentes en una relación comparativa con los primeros.

-Veo perfectamente-dijo-que tu método no es otro que el de la geometría y ciencias hermanas.

-Y no hay duda de que ahora comprenderás también a qué llamo yo la segunda sección de lo inteligible. Es aquella que la razón misma alcanza con su poder dialéctico. No tendrá que considerar ahora las hipótesis como principios, sino como hipótesis reales; esto es, como puntos de apoyo y de partida que la conduzcan hasta el principio de todo, independiente ya de toda hipótesis. Una vez alcanzado ese principio, descenderá hasta la conclusión por un camino de deducciones implicadas en aquel; pero no se servirá de nada sensible, sino de las ideas mismas que, en encadenamiento sucesivo, podrán llevarla hasta el fin, o lo que es igual, a las ideas.

-Ya lo comprendo bien-dijo-, aunque no de manera suficiente. Creo que la empresa que tú pretendes es verdaderamente importante e intenta precisar que es más clara la visión del ser y de lo inteligible adquirida por el conocimiento dialéctico que la que proporcionan las artes. A estas artes prestan su ayuda las hipótesis, que les sirven de fundamento; ahora bien: quienes se dedican a ellas han de utilizar por fuerza la inteligencia y no los sentidos, con lo cual, si realmente no remontan a un principio y siguen descansando en las hipótesis, podrá parecerte que no adquieren conocimiento de lo inteligible, necesitado siempre de un principio. Estoy en la idea de que llamas pensamiento, pero no puro conocimiento, al discurso de los geómetras y demás científicos, porque sitúas el pensamiento entre la opinión y el puro conocimiento. -Has comprendido perfectamente la cuestión-dije yo-. Ahora tendrás que aplicar a esas cuatro partes de que hablamos otras cuatro operaciones del alma: la inteligencia, a la que se encuentra en el primer plano; el pensamiento, a la segunda; la fe, a la tercera, y la

conjetura, a la última. Concédeles también un orden racional que atienda a la participación de los objetos en la verdad proporcionalmente a su misma claridad.

-Ya lo entiendo y convengo contigo-afirmó-; adoptaré, pues, la ordenación de que hablas.

Platón, *República*, 508b-511d

Aguilar, Madrid. 1990

La *anámnesis* o el conocimiento *a priori*

Sócrates.-...en la cuestión de la virtud, desconozco por completo lo que ella es... No obstante, estoy resuelto a examinar y a buscar, de acuerdo contigo, lo que pueda ser ella.

Menón.- pero ¿cómo vas a buscar, Sócrates, una cosa de la que de ninguna manera sabes lo que es? Entre tantas cuestiones desconocidas, ¿qué punto concreto pondrás para tu investigación? Y, suponiendo que casualmente des con el aspecto acertado, ¿en qué lo vas a reconocer, dado que no lo conoces?

Sócrates.- Comprendo lo que quieres decir Menón... Es esta la teoría según la cual no es posible buscar ni lo que se conoce ni lo que se desconoce: lo que se conoce, porque, al conocerlo ya, no se tiene necesidad de buscarlo; lo que se desconoce, porque uno ni tan siquiera sabe lo que se ha de buscar.

Menón.- ¿No te parece, Sócrates, que este razonamiento está correctamente hecho?

Sócrates.- A mí no.

Menón.- ¿Podrías decir por qué?

Sócrates.- Yo sí. Lo he oído, en efecto, de hombres y mujeres sabios en asuntos divinos...

Menón.- ¿Y qué dicen?

Sócrates.- Algo verdadero, me parece, y también bello.

Menón.- ¿Y qué es y quiénes lo dicen?

Sócrates.- Los que lo dicen son aquellos sacerdotes y sacerdotisas que se han ocupado de ser capaces de justificar el objeto de su misterio. Pero también lo dice Píndaro y muchos otros de los poetas divinamente inspirados. Y las cosas que dicen son éstas [...]: afirman, en efecto, que el alma es inmortal, y que a veces termina de vivir -lo que se llama morir-. A veces vuelve a renacer, pero no perece jamás. [...] El alma pues, siendo inmortal y habiendo nacido muchas veces, y visto efectivamente todas las cosas, tanto las de aquí como las del Hades, no hay nada que no haya aprendido; de modo que no hay de qué asombrarse si es posible que recuerde, no sólo la virtud, sino el resto de las cosas que, por cierto, también conocía [...] pues, en efecto, el buscar y el aprender no son otra cosa, en suma, que una reminiscencia.

No debemos, en consecuencia, dejarnos persuadir por ese argumento erístico.

Platón. *Menón*. 81a-e

La Idea

[...] -sabes que los que se ocupan de geometría y de cálculo [...] se sirven de figuras visibles y hacen discursos acerca de ellas, aunque no pensando en éstas sino en aquéllas cosas a las cuales éstas se parecen, discurren en vista al Cuadrado en sí y a la Diagonal

en sí, y no en vista de la que dibujan, y así con lo demás [...] buscando divisar aquellas cosas en sí que no podrían divisar de otro modo que con el pensamiento.

-Dices verdad.

-A esto me refería como la especie inteligible.

Platón. *República*. 510d-511a

Reducción eidética

La inteligencia noética puede obtener lo universal a través de lo singular. En un caso singular puede intuirse más de lo que hay en él como tal. Se intuye su esencia o ser ideal. A este procedimiento lo llama Husserl Reducción eidética y Platón Anamnesis o Reminiscencia.

La dialéctica erótica

Sócrates (recordando las palabras que Diotima le dirigió a él): Estos son los misterios del amor, Sócrates, en los que incluso tú pudieras iniciarte. Pero en aquellos que implican una iniciación perfecta, y el grado de la contemplación, a los que éstos están subordinados si se procede con buen método, en éstos no sé si sería capaz de iniciarte. Te los diré en todo caso y pondré toda mi buena voluntad en el empeño. Intenta seguirme si eres capaz. Es menester -comenzó-, si se quiere ir por el recto camino hacia esta meta, comenzar desde la juventud a dirigirse hacia los' cuerpos bellos y, si conduce bien el iniciador; enamorarse primero de un solo cuerpo y engendrar en él bellos discursos; comprender luego que la belleza que reside en cualquier cuerpo es hermana de la que reside en el otro y que, si lo que se debe perseguir es la belleza de la forma, es gran

insensatez no considerar que es una sola e idéntica cosa la belleza que hay en todos los cuerpos. Adquirido este concepto, es menester hacerse enamorado de todos los cuerpos bellos y sosegar ese vehemente apego a uno sólo, despreciándolo y considerándolo de poca monta. Después de esto, tener por más valiosa la belleza de las almas que la de los cuerpos, de tal modo que si alguien es discreto de alma, aunque tenga poca lozanía, baste ello para amarle, mostrarse solícito, engendrar y buscar palabras tales que puedan hacer mejores a los jóvenes, a fin de ser obligado nuevamente a contemplar la belleza que hay en las normas de conducta y en las leyes y a percibir que todo ello está unido por parentesco a sí mismo, para considerar así que la belleza del cuerpo es algo de escasa importancia. Después de las normas de conducta, es menester que el iniciador conduzca a las ciencias para que el iniciado vea a su vez la belleza de éstas, dirija su mirada a toda esa belleza, que ya es mucha, y no sea en lo sucesivo hombre vil y de mezquino espíritu por servir a la belleza que reside en un solo ser, contentándose, como un criado, con la belleza de un mancebo, de un hombre o de una norma de conducta, sino que vuelva su mirada a ese inmenso mar de la belleza y su contemplación le haga engendrar muchos, bellos y magníficos discursos y pensamientos en inagotable filosofía, hasta que, robustecido y elevado por ella, vislumbre una ciencia única, que es tal como la voy a explicar y que versa sobre una belleza que es así. Procura -agregó-, prestarme toda la atención que te sea posible. En efecto, el que hasta aquí ha sido educado en las cuestiones amorosas y ha contemplado en este orden y en debida forma las cosas bellas, acercándose ya al grado supremo de iniciación en el amor, adquirirá de repente la visión de algo que por naturaleza es admirablemente bello, aquello precisamente, Sócrates, por cuya causa tuvieron lugar todas las fatigas anteriores, que en primer lugar existe siempre, no nace ni muere, no crece ni decrece, que en segundo lugar no es bello por un lado y feo por el otro, ni tampoco unas veces bello y otras no, ni bello en un respecto y feo en el otro, ni aquí bello y allí feo, de tal modo que sea para unos bello y para otros feo. Tampoco se mostrará a él la belleza, pongo por caso, como

un rostro, unas manos, ni ninguna otra cosa de las que participa el cuerpo, ni como un razonamiento, ni como un conocimiento, ni como algo que exista en otro ser, por ejemplo, en un viviente, en la tierra, en el cielo o en otro cualquiera, sino la propia belleza en sí que siempre es consigo misma específicamente única, en tanto que todas las cosas bellas participan de ella en modo tal, que aunque nazcan y mueran las demás, no aumenta ella en nada ni disminuye, ni padece nada en absoluto. Así, pues, cuando a partir de las realidades visibles se eleva uno a merced del recto amor de los mancebos y se comienza a contemplar esa belleza de antes, se está, puede decirse, a punto de alcanzar la meta. He aquí, pues, el recto método de abordar las cuestiones eróticas o de ser conducido por otro: empezar por las cosas bellas de este mundo teniendo como fin esa belleza en cuestión y, valiéndose de ellas como de escalas, ir ascendiendo constantemente, yendo de un solo cuerpo a dos y de dos a todos los cuerpos bellos y de los cuerpos bellos a las bellas normas de conducta, y de las normas de conducta a las bellas ciencias, hasta terminar, partiendo de éstas, en esa ciencia de antes, que no es ciencia de otra cosa sino de la belleza absoluta, y llegar a conocer por último lo que es la belleza en sí. Ese es el momento de la vida, ¡oh querido Sócrates! -dijo la extranjera de Mantinea- en que más que en ninguno otro adquiere valor el vivir del hombre: cuando éste contempla la belleza en sí.

Platón. *Banquete*.

Aguilar. Madrid. 1990.

La Alegoría del Sol

XIX ¿A cuál de los dioses del cielo podrías atribuir el dominio de esas cosas [las cosas visibles] e incluso la producción de la luz, por medio de la cual ven nuestros ojos y son vistos los objetos de la manera más perfecta?

-Pues al que tú y los demás la atribuyen -afirmó-. Porque parece claro que quieres referirte al sol.

-Y bien, ¿no es esta la relación natural de la vista con ese dios?

-No te entiendo.

-¿No es como un sol la vista, y lo mismo el órgano en el que se produce, al que damos el nombre de ojo?

-Creo que no.

-Sin embargo, debo decirte que, a mi entender, es de todos los órganos de nuestros sentidos el que más se parece al sol.

-Sin duda.

-Y esa facultad de ver que posee, ¿no le ha sido concedida por el sol como a título de emanación?

-Así es-dijo.

-A él deseaba referirme -proseguí-- cuando hablaba de ese descendiente del bien, análogo en todo a su padre. El uno se comporta en la esfera de lo visible, con referencia a la visión y a lo .visto, no de otro modo que el otro, en la esfera de lo inteligible, con relación a la inteligencia y a lo pensado por ella.

-¿Cómo?-preguntó-. Acláramelo un poco más.

-¿No sabes, acaso-dije yo-, que cuando no se dirige la vista a los objetos iluminados por la luz del sol, sino a los dominados por las sombras de la noche, los ojos reducen su poder y parecen casi ciegos, como si su visión no fuese realmente pura?

-Sí que lo sé—dijo.

-Pero cuando el sol ilumina esos mismos objetos, ven, a mi juicio, con toda perfección, y la visión de los ojos parece clara.

-¿Cómo no ha de serlo?

-Puedes pensar que lo mismo ocurre con respecto al alma. Cuando detiene su atención en algo iluminado por la verdad y el ser, lo comprende, lo conoce y prueba que es inteligente. Pero cuando se fija en algo envuelto en la oscuridad, que nace y que perece, el alma acorta su vista y muda y cambia de opinión a cada momento, hasta el punto de parecer completamente irracional.

-Eso parece.

-Pues otro tanto dirás de la idea del bien, como causa del conocimiento y de la verdad. Es ella misma la que procura la verdad a los objetos de la ciencia y la facultad de conocer al que conoce. Aun siendo muy hermosas ambas cosas, esto es la ciencia y la verdad, pensarás con razón si juzgas aquella idea como algo distinto y mucho más bello. Y al modo como en el otro mundo puede pensarse rectamente que la luz y la visión se parecen al sol, sin que haya de estimarse que son el mismo sol, así también debe pensarse en este que la ciencia y la verdad se parecen al bien, sin llegar a creer por ello que sean el bien mismo. Sin embargo, la posesión del bien ha de requerir mucha más estima.

-En tu opinión -dijo-, el bien posee una extraordinaria belleza. Es causa de la ciencia y de la verdad y supera en belleza a estas. No querrás decirnos ahora que el bien se identifica con el placer.

-Habla con más recato-observé-; presta más atención a su imagen y hazlo de esta manera.

-¿Cómo?

-A mi entender, dirás del sol que no solo procura la facultad de ver los objetos, sino también la generación, el crecimiento y el alimento. Y eso sin que podamos identificarle con la generación.

-Naturalmente.

- Y, así mismo, el bien no solo proporciona a los objetos inteligibles esa cualidad, sino incluso el ser y la esencia. Pero en este caso tampoco el bien es la esencia, sino algo que está por encima de ella en cuanto a preeminencia y poder.

Platón, *República*, 508b-511d,

La doctrina de la "eternidad del espíritu" es el núcleo de la teoría platónica, es lo platónico en ella [...] Pero la "vida eterna" en este sentido no tiene nada que ver con la supervivencia personal. Pues es vida eterna dentro del tiempo [...] es de hecho tan sólo una vida temporal en lo "eterno", es decir, en contenidos cuyo sentido es intemporal.

Max Scheler. *Muerte y supervivencia*. pp. 71-72

